

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

*"Este precepto os doy: Amáos
los unos a los otros como Yo os he
amado."*

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de San Bernardo, 119, 2.º piso.

No hurtarás

Ello ocurrió en Efraín, ciudad de Galilea. Jesús descansaba al borde de un camino, cuando le abordó el pastor Simeón; un anciano seco, encorvado por el tiempo y los trabajos, a quien la palabra maravillosa del Maestro había conquistado.

—Señor—dijo el pastor—yo quiero abrazar tu fe y merecer de tu bondad el permiso de acompañarte a todas partes.

A lo que Jesús replicó:

—Mis brazos, Simeón, siempre estuvieron abiertos para cuantos infelices, necesitados de esperanza, llegaron a mí. Mas advierte que muy pocos de los que me acompañan y codean, están conmigo en espíritu. El camino de la virtud es ingrato, empinado, estrecho, inaccesible para cuantos no desdennaron sus pasiones, y serpean por entre precipicios negros, simas de perdición en cuyo fondo ruge el avendavalado clamoreo de los malos instintos. Para seguirme, Simeón, de modo que tu resolución aproveche a tu alma, necesario será que deseches esas ruines ambiciones que solo producen derramamientos inútiles de corazón; que no seas orgulloso, ni menos soberbio, pues estos sentimientos, ofreciéndote a los ojos de tu propia conciencia como superior a tus semejantes, te impondrán esfuerzos y sacrificios que acribillarán de dolores tu espíritu; que sepas poner sobre todas tus aficiones la afición a Dios, y que los torcidos consejos de la ira, de la envidia y del rencor, no basten a inmutar la magnánima paz de tu indulgencia. «No desear» es la mitad de la humana perfección. Así pues, no matarás; no levantarás a nadie falso testimonio; la mujer de tu prójimo será sagrada para tí; no codiciarás los bienes ajenos; no hurtarás....

—A todo sacrificio estoy apercebido, Señor—interrumpió el viejo—y de tales virtudes y aún de otras mayores me imagino capaz.

—En tal caso—repuso Jesús levantándose—el sufrimiento desde hoy será hermano tuyo. Toma tu cruz y sígueme.

—¿A dónde vamos, Maestro?

—A casa de un leproso que espera de mí su curación.

Anduvieron largo rato a través del ambiente emperezador, cálido y aromoso de la tarde; la noche se acercaba a toda prisa; el claro cielo de Galilea iba acribillándose de estrellas.

Tras media hora de camino, Simeón comenzó a sentirse fatigado y hambriento; do-

líale las rodillas y el estómago y la debilidad del no comer y el ajetreo del mucho andar fueron mareándole hasta sufrir amagos de desvanecimiento.

—Maestro—dijo el pastor—estoy ya tan rendido que apenas puedo mantenerme de pie: ¿quieres que descansemos?

Jesús contestó:

—Yo no descanso, Simeón, porque ese bienestar mío redundaría en perjuicio de los que me aguardan para curar y reír. Mi misión, luchar hasta conseguir que nadie lllore, que nadie sufra....

Continuó andando; Simeón le siguió encorvado por los calambres. Jesús avanzaba tranquilo, majestuosamente, sin vacilaciones en el pisar; su túnica blanca formaba a lo largo de su gallardo cuerpo pliegues esculturales; sobre el fondo turquí del espacio, el nimbo que ornaba su divina cabeza, resplandecía como un lívido claror astral.

Caminaron, caminaron....

Muy pronto la tortura del hambre se sobrepuso en Simeón a la de la fatiga, y creció tanto que llegó a serle intolerable. Y entonces, Simeón, que jamás se había visto en trance semejante, creyó comprender por qué algunos hombres, furiosos de hallarse en la miseria, roban y matan. Guardose, no obstante, de hablar, satisfecho de fingir a los ojos de Jesús una resistencia que no tenía, y sin saber que en aquellos momentos el soberano entendimiento del Redentor acababa de registrarle el espíritu. En esto llegaron a cierto mesón o venta que en el cruce de dos caminos se aparecía, y ante el cual varios mercaderes trajinaban descargando los sacos de frutas. Y como Jesús prosiguiera sin detenerse, Simeón, cuyo apetito se había exaltado a la vista de tantas frutas jugosas y odorantes, aproximose a un serón colmado de dátiles, y, sin que nadie lo advirtiese, tomó nueve o diez que, por ser muy grandes, no le cupieron mas en las manos. Hecho lo cual, reanudó su marcha muy ufano. Luego, andando que hubo cuarenta pasos, llevóse un dátil a la boca. Jesús, que caminaba delante de él, preguntó:

—¿En qué piensas, Simeón, que tan callado vas?

No queriendo responder con la boca llena, temeroso de que el Maestro descubriese su delito, el pastor arrojó el dátil al suelo y contestó hipócritamente:

—Pienso, Señor, que los libertinos y los tiranos son muy desgraciados, pues no hay placer comparable al que el ejercicio de la virtud y de la caridad proporcionan.

—Así es—replicó Jesús.

Un momento después, Simeón, que rabiaba de hambre, echose otro dátil a la boca; mas tuvo que escupirlo en el acto, porque Jesús volvió a preguntar:

—¿Ves aquella luz?

—Sí, Maestro.

—Allí vive el hermano leproso que hemos de curar.

Calló, y sobre el camino que griseaba bajo la lechosa luz de las estrellas, sus pies, blancos como azucenas, se deslizaron sin ruido y sin esfuerzo. Simeón, aunque jadeante, le seguía y a intervalos miraba a Jesús, extrañándole la inoportunidad con que, por dos veces, el Nazareno le había enterrogado. Al fin hubo de tranquilizarse, pareciéndole quieto todo ello fué casual; mas apenas se introdujo en la boca, otro dátil, cuando hubo de tirarlo para responder a Jesús.

—¿Dí, Simeón, tú estás seguro de no haber pecado desde que andamos juntos?

—Segurísimo, Señor.

Transcurrió un breve silencio; el anciano pastor intentó comerse otro dátil; el Maestro tornó a decir:

—Presumo que te equivocas. Por eso te invito a examinar de nuevo tu conciencia; la virtud, Simeón, es tanto más pura, cuanto más severo el criterio con que examinamos nuestros actos.

Así prosiguieron, tratando de comer el uno y preguntando el Otro, de tal modo que Simeón no pudo llegar a tragarse ninguno de los dátiles hurtados. Entonces, Jesús se volvió hacia él, y mirándole con aquellos ojos donde ni la cólera, ni el odio habían de pintarse jamás, exclamó:

—¿Te convences ahora, Simeón, de que me mentías y de que lo robado no aprovecha?

E. Z.

PAULINAS

FE

Fuerte y animosa, trabajadora incansable, la pobre viuda luchaba contra las dificultades de la vida sin llegar a superarlas, pero sin rendirse a ellas; porque tenía, contra los embates de la adversidad, su fe inquebrantable en Jesús, ante cuya imagen de Medinaceli iba a postrarse, confiada en que había de vencerlos.

Como un naufrago combatido por la tempestad que le sumerge, volvía a flote después de cada embestida de las

olas, agarrada a aquella fe, que era su tabla salvadora.

Tuvo que ocupar a su hijo en lo que salía para ganar algunos reales y llevó a su hija a servir en una casa, que cuidó fuese respetable, quedando ella en disposición de luchar por su parte.

Pero llegó una ola más fuerte que las anteriores; su fortaleza llegó a ser una fortaleza rendida; le faltó la salud; cebóse en ella la tuberculosis y quedó también lesionado el corazón; y sus ánimos, sus fuerzas y su actividad, cayeron a la vez dejándola postrada en un sillón.

No tuvo la hija más remedio que abandonar la casa en que servía, porque había que cuidar a la madre y a la vez sostener la casa con el único jornal que podía entrar en ella, de la que faltaba el hijo, que estaba a la sazón sujeto a filas en Africa.

Acudió la pobre muchacha a sus antiguos amos, y obtuvo de ellos una recomendación para una plaza en la limpieza de la Casa de Correos, próxima entonces a terminarse; y fué al Duque de Bibona, por entonces también Director de Comunicaciones; pero aunque le vió, no pudo ver satisfechos sus deseos, y volvió, desecha en lágrimas, a su casa, en la que todo faltaba.

Vióla llorar su madre y la preguntó qué le pasaba, y ella contestó: Es que el Duque de Bibona me dijo que no me podía complacer, primero, porque faltaba mucho para inaugurar la Casa de Correos, y además porque era probable que de la limpieza no se encargasen mujeres, sino los ordenanzas.

Y la contestación de la madre fué esta:

—¡Qué sabe el Duque de Bibona lo que va a suceder! Quien lo sabe es Jesús, que te tiene guardada una plaza, y para pronto.

Y contra los cálculos del Director General, y sin que la pobre enferma hubiese tenido, ni podido tener, motivos para estar al corriente de lo que había de ocurrir, su vaticinio, henchido de una esperanza que parece que podía tener cabida en cualquiera menos en quien era víctima de la pobreza y de la enfermedad, tuvo cumplimiento. Pocas semanas después, la muchacha estaba colocada en la limpieza de la Casa de Correos.

Esta mujer, tenía la fe de la hemorroísa que sabía que, tocando el manto de Jesús, sería curada, y porque estaba siempre en contacto espiritual con Jesús, sabía que en El tenía todas las cosas.

Esta mujer, sabía, como Jairo, que allí donde se pone la mano de Jesús, todo, hasta la muerte, queda sometido a El.

Esta mujer, sabía, como el leproso, que si Jesús quiere, puede; y como las hermanas de Lázaro, que allí, donde está Jesús, todo se supedita a su voluntad.

Esta mujer, tenía fe; la fe que traslada las montañas.

J. R. Spok.

Deposuit potentes de sede

...Y déjales que suban tú, quieta y escondida, que tú debes subir más alto que ellos y mucho más aprisa.

Si ellos vocean porque así los miren, tú, callada y oculta y de rodillas, de hinojos ante Dios, que polvo somos y más te elevas cuanto más te humillas.

Rafael Pou de Foxá.

¡DON JACOBO!

No es necesario decir más tratándose de Gijón y de los gijoneses. El era aquí favorablemente conocido; sus amigos le querían como él supo hacerse querer con su carácter apacible siempre y su amistad cortés y servicial; los pobres de sobra sabían cuánto podían conseguir para su remedio de don Jacobo, al que nunca clamaron en vano; y los enfermos, ¡ah, los enfermos! sobre todo los de precaria situación, acudían a él con una confianza ciega, porque el médico, siempre amable y acertado, se excedía las más de las veces en favor del paciente en los deberes de su profesión. ¡Cuántas veces le oímos decir: además de enfermos, pobres, ¿cómo yo con exigencias voy a agravarles más la vida?

Le llegó la hora feliz del premio eterno que Dios le tendría reservado, porque además de su connatural bondad fué un ferviente católico y como católico quiso morir.

El pueblo de Gijón, reconocido siempre a sus bienhechores, le ha testimoniado su cariño y agradecimiento en la conducción del cadáver. El ilustre Ayuntamiento se asoció al duelo y una de las calles de esta villa llevará su nombre para ejemplo perdurable del que «pasó haciendo bien», del que fué amigo leal, médico ejemplar y caritativo, y ciudadano modelo.

Su esposa, hijas y demás familia, reciban por esta pérdida irreparable y muy sensible, el testimonio de nuestro pesar y consuelo por las manifestaciones de igual sentimiento que del pueblo gijonés han recibido.

Lectores queridísimos y suscriptores de RELIGIÓN Y PATRIA, ¡UNA ORACION POR SU ALMA, por el compañero vuestro en esta propaganda de amor a Dios y a España!



¡En esta propaganda de amor a Dios y a España sufre nuestro corazón otro pesar muy intenso que lleva lágrimas a nuestros ojos!

Y como nosotros lo sentirán y llorarán todos los buenos españoles, los que un día, contemplando a esta querida Patria nuestra cómo iba desquiciándose, víctima de políticos ambiciosos y de un régimen nefasto por su doctrina y sus procedimientos, vieron surgir valiente y denodado un ilustre General que arremetiendo cual otro don Quijote contra fulleros y malandrines, salvó a España y nos salvó a todos.

No hemos comprendido ni secundado debidamente la grandeza de este sacrificio de uno de los más fieles hijos de España, y este pecado horrendo de lesa patria pesa ya sobre nuestra conciencia.

A él, al militar esclarecido que en tantas ocasiones expuso su salud, su vida y su honor por la patria que amaba de corazón, apesadumbró en tal grado esta ingratitude y desamparo de sus conciudadanos, que lo que no pudieron los enemigos de otras tierras lo pudieron los de la suya y ¡fuera de su adorada España, suspirando por ella, trabajando, con fe aún, por ella, y a su lado el libro de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, entregó a Dios su hermosa alma el

Ilustre General Don Miguel Primo de Rivera

Lo que los hombres le negaron se lo habrá otorgado el Justo Juez en las mansiones de la eterna recompensa.

Suban como plegarias de un pueblo que comprende y admira estas frases de nuestro Rey: «Muere víctima del trabajo; sacrificó su salud y su vida por España. Pudo haberse cuidado más, pero prefirió agotarse trabajando.»

Unanse a ellas estas otras del sentir popular estampadas como antefirma en muchos testimonios de pésame:

«Descanse en paz el mártir de la ingratitude». «Dios habrá premiado los sacrificios que hizo por la Patria, sacrificios que la ingratitude de los hombres no quiso reconocer». «Seis años, cuatro meses y trece días sufriendo por la Patria».

¡Señor y Dios nuestro, Tú que conoces nuestro amor y sinceridad en las obras como cristianos y como españoles, unidos con todos nuestros cooperadores, te suplicamos la eterna gloria para el que la procuró en toda ocasión a su patria y no se recató de reconocerte en sus leyes y actos públicos como gobernante!

CHARLA

—¿Qué seguimos investigando por estos campos de prensa antigua, con enseñanzas para los tiempos modernos?

—¡Ya lo creo que sí; por eso vengo!

—¡Efectivamente!

—¿Qué?

—Lo que aquí se dice; muy cierto, muy necesario, reconocido así hasta por los enemigos del Papado, cuando no son cerriles y quieren demostrar sentido común:

«El Papa no puede ser ciudadano de un grande Estado, bajando del trono al que le elevara todo el mundo católico. Es preciso que sea en su casa príncipe y señor y que a nadie obedezca.»

—¿Dicho por quién eso?

—Por Francisco Crispi, en la Cámara de los diputados de Italia, el 18 de noviembre de 1864.

—Gracias a Dios, ya nuestro amado Vicario de Cristo en la tierra, es libre. ¡Viva el Papa Rey!

—¡Muy digna de aplauso esta disposición! Escuche y retenga: el Director general de Correos, ha dispuesto que se detengan los paquetes de libros pornográficos que circulan por Correos, y que en vez de remitirse a los destinatarios, se envíen a los jueces de Instrucción para que incoen los oportunos procesos contra los autores y editores de tan asquerosa mercancía.

—Esa sabia y acertada, disposición, ¿es de ahora?

—No, es del señor Marqués de Badillo, año 1895.

—¡Ya me parecía a mí! Porque ahora el excremento es pastel muy solicitado y de mucha venta, por lo mismo,

—¡Atizal y lo que acabo de leer. Oiga.

«Le Monde publica desde hace algun tiempo una colección de pensamientos relativos al Catolicismo y su influencia social, ya de católicos, ya de sus mismos adversarios. He aquí uno de Renán nada menos:

«Manchadas con grosero materialismo y aspirando a lo imposible, es decir, a fundar la dicha de todos en medidas políticas y económicas, las tentativas del socialismo contemporáneo quedarán infecundas siempre que no tomen por norma el espíritu de Jesucristo»

—Ahora que están en moda las encuestas, esta respuesta es de órdago.

—Sabrá usted que todavía hay quien se atreve a insistir acerca del restablecimiento del Jurado.

—A pesar de la negra historia de esa flamante conquista de la libertad.

—Pues oiga esta nota tragi-cómica. Fecha del periódico: 6 de enero de 1895:

«Hace pocos días, en San Sebastián, un Jurado compuesto de individuos que no hablaban más que el vascuence, dictó veredicto de inculpabilidad en una causa, por cierto grave, en que, en las declaraciones de testigos y reo, en la acusación y en la defensa, como era natural, no se empleó más que castellano, que no entendían. Así que, obligados a decidir en una causa de que no pudieron enterarse, optaron muy cuerda-mente porque se absolviera al reo.»

—Voy a leerle yo a usted otra nota no menos importante de esa famosa institución, germen de impunidades y amparadora de criminales, sólo que este alegato no es de los tiempos que vamos revisando, sino de ahora. Acaba de publicarlo la Confederación de Sindicatos Libres, en un enérgico manifiesto: «El problema más grave, más difícil,

para la vuelta a la absoluta normalidad es el del Jurado. Mientras no se halle el sustituto preciso para el Jurado, el terrorismo volverá a levantar la cabeza. Lealmente lo advertimos al gobierno y a la opinión.»

Y después de aclarar y demostrar cómo el Jurado daba garantías al pistolero y al asesino para salir libre a la calle, caso de ser detenido, añade: «¡Descorramos el velo! —Los atentados se pagaban a estos foragidos de dos a diez y doce mil pesetas. Eran varias las tarifas (dos, cinco, siete, diez y aún doce mil pesetas) según la categoría social de la víctima, lo autoridad de que estuviese investida o que residiese en Barcelona o fuera de la ciudad condal.

Además, durante el tiempo de estancia en la cárcel, se abonaba «al compañero» una semana de 15 duros, de la que no gastaba más allá de cinco.

Cuéntese lo que sumarían un año, esas condiciones, con más el importe del «asunto» y se comprenderá ahora cómo algunos de los que cometieron dos, tres y hasta cuatro de estos «asuntos», vivan hoy plácidamente convertidos incluso en burgueses...

¿Se necesita que digamos nombres?...»

—No es necesario que los valientes sindicados del Libre, nos citen nombres de aprovechados del terrorismo. Lo que ahora importa es ser cuerdos y no pecar de cándidos. Reflexionemos.

Al amparo, a la sombra y por la legalidad constitucional prosperaron el Sindicato único, el terrorismo y los pistoleros. Dentro de esa legalidad constitucional soportó España cinco años esa verdadera locura social. Vino la Dictadura y la fiera se escondió, es decir, se ocultó para no ser cazada. Han pasado seis años y cuatro meses y no ha dado señales de vida. Apenas caído e insultado el Gobierno de Primo de Rivera, ya ha anunciado Pestaña que los Sindicatos Unicos volverán. Es natural que vuelvan. Si antes, con aquellos Gobiernos claudicados pudo desarrollarse la acción de la Star,

ahora cuando vuelvan las antiguas franquicias constitucionales, tornarán los atracos, los robos y los atentados.

¡Y pensar que todo esto hubiera podido evitarse y se evitaría, lo mismo que esas vergüenzas de soberbios y ambiciosos políticos, que, con tal de triunfar, húndase la Patria y venga la revolución sangrienta! Sí, hubiera podido evitarse y se evitaría si en este tiempo ganado de paz y su tanto de energía en el Gobierno, los elementos de orden, los católicos todos, dando de mano a pequeñeces, se hubiesen unido y organizado en forma, pero... hoy como ayer y mañana como hoy. Verá usted.

Dice «El Globo»: Observad el ejército católico; mirad cómo gasta en neutralizarse a sí mismo energías con las que podría aplastarnos.

Y dirigiéndose a sus secuaces, los impíos de todas las sectas y colores, añade: «Reconcentrad vuestras fuerzas, lanzaos sobre él y gozad en su destrucción. Es fuerte, pero su indisciplina le debilita; es valiente, pero su pereza le roba entusiasmos, valor...»

Esto, que por los años que vamos revisando ya se decía, sigue en pie. ¡Ni la experiencia nos espabila!

—¡Estamos tan perezosos, tan apáticos como entonces!.. Dejando que una ridícula minoría se imponga y levante bandera contra la Patria y nuestras gloriosas tradiciones católicas.

No olvidemos que si los pecados de los hombres tienen la debida sanción después de esta vida, los pecados de los pueblos que se desentienden de las sabias y amorosas llamadas de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, tienen aquí el merecido castigo.

Un ejemplo entre mil nos lo señala el mismo Evangelio:

Lloró Jesús a la vista de Jerusalén, que no quiso practicar ni oír sus divinas enseñanzas y, previendo su atroz delito, su deicidio, profetizó a sus habitantes terribles sufrimientos y la destrucción de la ciudad hasta

Folleton de RELIGION Y PATRIA

(32)

¿Cómo llamamos al chico?

no haya el tuyo ni el mío; que los hombres sean tós iguales.

Señá Rufina.—¡Poco que se alegrará el jorobeta de la esquinal

Manolo.—¡Salto por la joroba... y continúa! Pienso dentro de mi cráneo, en un mundo sin guardias ni laceros; en un mundo en que tós seamos fraternos y honrados; en un mundo en que tó dios coma, aunque no tenga pa pagar...

Señá Rufina.—Sigue.

Manolo.—La sociedad, señora mía y madre de mi cónyuge, no debe ser lo que hoy es: debe ser, y aquí de lo super, una especie de gloria atea, con aproximidades de edén mahometano.

Señá Rufina.—Acabara.

Manolo.—Así, el sér humanizao no sería ni despótico como un guindilla, ni bruto como un concejal; tó tendría su compensación.

Señá Rufina.—Eso que tú pides son duros a perra gorda.

Manolo.—Es que en mi sociedad no habrá duros...

Señá Rufina.—¿Y con qué comprábamos el alpiste?

Manolo.—Es que no habría comerciantes tampoco.

Señá Rufina.—No diré que tengas la cabeza de hierro dulce, pero lo que es de cemento armao, sí que sí...

Manolo.—¡Señora!

Señá Rufina.—¡Manolol!

Manolo.—¡La disculpo! Es usted lo que se dice un ceporro con dientes postizos. ¿Qué va usted a saber de lo porvenir? La sociedad del futuro, señá Rufina, será la esencia del vivir cotidiano e igualitario. No habrá ricos ni pobres; tó será de tós.

Señá Rufina.—¿Y al que le dé por robar?

Manolo.—A ese se le pondrá en cura, porque el que roba no es talmente un delincuente; es un enfermo de las *anclas*; se le van al pobre tras lo que le gusta, y de ahí la agudización de la dolencia.

Señá Rufina.—Continúa.

Manolo.—(Engreído). Reasumiendo: que como no será nadie amo de nada, tó dios podrá vivir. Comeremos sin pagar; el casero será un bicho antidiluviano; el sastre una momia del Egipto, y tó sér, un ángel con pantalones o con enaguas, según el sexo.

Señá Rufina.—Puesto a pedir, pide ya que lleven billetes de a mil, que las fuentes den café con leche y que de los árboles cuelguen chorizos... y un jamón. ¡No eres tú nadie! ¡Ni los cuentos de Calleja!...

Manolo.—Lo que soy yo es un innovador

que pide la igualdad en la ley, en las costumbres y en el trabajo.

Señá Rufina.—¿En el trabajo? ¡Apañao iba a andar ello si tós trabajaran lo que tú!... Yo no sé de dotrina ni de monsergas de esas; pero te digo que el chico se bautiza...

Manolo.—¡No se bautiza!

Señá Rufina.—Eso... lo veremos. ¿De... mostes? ¡Vamos, hombre, si sólo decirlo huele a cordilla...

Manolo.—¡Señá Rufina!

Señá Rufina.—¿Pero tú que t' has creído, que mi nieto va a ser la risión de la gente? ¡Límpiate! Mi nieto se llamará Manolo, como tú, o Niceto, como su agüelo de madre.

Manolo.—¡Se llamará Demóstenes!

Señá Rufina.—Se llamará como yo le diga al cura... Y baja la voz; sigue la lista del baile y déjame a mí... que ya sé andar sola...

Manolo.—¡Esto es un atropello!

Señá Rufina.—¡Calla, que s' ha dormío!

Manolo.—¡No puedo callarme!

Señá Rufina.—Entonces vete.

Manolo.—(En voz baja). ¡Se llamará Demóstenes!

Señá Rufina.—¡Bueno! Déjame en paz y sal un poco a ver si te refrescas...

Manolo.—¡Yo soy el padre del chico!

Señá Rufina.—¡Bueno!

Manolo.—¡Y aquí se hará lo que yo mande!

Señá Rufina.—(Gritando). ¡¡¡Bueno!!!

